

RECIBIDO / RECEIVED 3 de marzo de 2020

ACEPTADO / ACCEPTED 13 de marzo de 2020

PÁGINAS / PAGES De la 143 a la 145

La filosofía se ha vuelto loca. Un ensayo políticamente incorrecto

Autor / Author

BRAUNSTEIN, Jean-François

Editorial / Publishing company

ARIEL, Barcelona 2019

DOI: <https://doi.org/10.32466/eufv-rel.2020.7.594.143-145>

Con este ensayo Jean-François Braunstein no pretende ganarse los aplausos de nuestra sociedad líquida, ni probablemente pretenda entablar un debate con aquellos que no comparten sus presupuestos, simplemente está siendo fiel a su vocación y profesión. Como filósofo, a la luz de la razón y de una lógica apabullante, analiza los planteamientos de cuestiones muy candentes en nuestros días: el género, los derechos de los animales y la eutanasia. Como profesor, busca la verdad de estas cuestiones y la muestra a sus alumnos, en este caso, a todos aquellos que se aproximen a la lectura de este libro.

El título con el que comienza la introducción la obra es sumamente clarificador: *De los buenos sentimientos a la abyección*. Vivimos en un mundo que aboga por la benevolencia universal sin saber muy bien dónde anclarla. Braunstein advierte en su obra de que: «estos buenos sentimientos conducen a las peores aberraciones» (p. 263). El autor manifiesta cómo la filosofía posibilita al hombre alcanzar un conocimiento genial sobre los interrogantes de la vida, pero, en ocasiones, conduce a planteamientos ridículos. En el pensamiento contemporáneo, la filosofía ha perdido el norte y en vez de procurar ahondar en la verdadera naturaleza de la persona y descubrir aquello que convierte a nuestra especie en algo único, olvida su esencia. En nuestros días, parece que el objeto de esta ciencia no sea otro que borrar las fronteras entre los sexos, entre animales y humanos y, puestos a divagar, entre vivos y muertos. No existen límites naturales y es a la filosofía a la que le compete la misión de demostrarlo: las hipótesis todo lo soportan, pero ¿dónde queda la cordura?

El ensayo se estructura en tres partes: *El género y la negación del cuerpo* (pp. 17-102), *El animal y el olvido del hombre* (pp. 103-196) y *La eutanasia y la banalización de la muerte* (pp. 197-270).

En la primera parte, se ofrece una génesis del concepto de género. Explica cómo este término surge para romper con la dualidad de los sexos: hombre y mujer. Entra en un análisis pormenorizado del creador de la teoría del género, John Money, y expone el caso de su paciente más emblemático, el joven David Reimer que terminó suicidándose. Los planteamientos de Money se centran en «separar completamente la sexualidad biológica y el sentimiento de pertenecer a este género o aquel, el “rol de género”» (p. 30). Pero este solo era el primer paso, no se debía romper únicamente con el dualismo sexual, sino que el nuevo concepto debía establecerse fluidamente. En el fondo subyace la idea de que el sujeto puede transformarse según su voluntad, según sus propios deseos y esos no tienen por qué ajustarse a ninguna norma, menos a una heteronormatividad dualista de los sexos. Para el autor: «Los teóricos del género y los transhumanistas vuelven a juntarse en el desprecio del cuerpo. Para ellos solo cuentan la voluntad y la consciencia; el cuerpo lo que tiene que hacer es seguir a ambas» (p. 66).

En *El animal y el olvido del hombre*, Braunstein pone su centro de atención en los países occidentales que desarrollan una sensibilidad ambiental tal que llegan a plantear borrar las fronteras entre nuestra especie y el resto de los animales que no se debe olvidar que son seres sensibles. Así: «algunos filósofos de moda denuncian un “esencialismo” que consiste en separar en categorías distintas, en “esencia”, lo que de hecho no es sino un *continuum* de animal a hombre» (p. 107). En esta evolución de la sensibilidad contemporánea en relación con los animales, el máximo precursor es sin duda Peter Singer. Sus teorías le llevan a conclusiones descabelladas: para él no existe motivo alguno para distinguir entre los animales humanos y los no humanos, es más si un ser humano que no sea consciente o esté desprovisto del lenguaje goza de derechos, esos mismos deberían otorgarse a los animales, al menos a los mamíferos dotados de sistema nervioso. La deriva de sus planteamientos es fácilmente imaginable: de pedir que se reconozcan igualdad de derechos entre las especies humanas y no humanas, llegamos a que, lo que él denomina como «casos marginales o casos no paradigmáticos» (p. 141) puedan ser seres destinados a la experimentación o a la utilidad del resto. Singer se está refiriendo a niños y adultos con discapacidad mental, ancianos seniles o personas en coma privados de consciencia. En estos supuestos considera que es preferible experimentar con ellos a hacerlo con animales: «lo que hay que hacer es proteger los intereses de los seres sensibles y no los de los “animales humanos”» (p. 142).

A los seguidores de Singer, sus teorías les parecían de una lógica inapelable: no existen fisuras posibles en el desarrollo teórico. Ahora, la cuestión práctica era bien distinta. Cuando la madre de Singer enfermó de Alzheimer, el tema cambió: con las madres no se experimenta. El filósofo se excusó diciendo que su madre seguía siendo válida para la sociedad porque las personas que la cuidaban contaban con un salario gracias a ella; en cualquier caso, la decisión la había tomado su hermana que todavía no estaba tan capacitada para entender sus teorías. Esperemos que en nuestra sociedad sigan existiendo «las hermanas cuerdas» por el bien de nuestra especie.

La última parte del libro lleva por título *La eutanasia y la banalización de la muerte*. No pasará mucho tiempo en el que se legalice la eutanasia en nuestro país, el capítulo se inicia con unas

encuentras en las que se presenta como la mayoría de la población, especialmente los jóvenes, están a favor de que se permita la eutanasia en caso de enfermedad incurable. Al convertirnos en jueces de decidir sobre la vida y la muerte de una persona, estamos abriendo la caja de Pandora. Como cabía imaginar, Peter Singer encuentra un nuevo filón para sus descabellados argumentos. Es momento de tomarse en serio y de definir que existen vidas que merecen la pena que se vivan y otras que no son verdaderas vidas y, por lo tanto, debería ser legítimo ponerles fin. Nos encontramos ante una mentalidad que estima que «la muerte ya no tiene nada de sagrado y solo es un problema técnico sobre el que podrá pronunciarse cualquier comité de “expertos”» (p. 204). El médico, prostituyendo el sentido de la medicina, estaría capacitado para poner fin a aquellas vidas que se estime no son dignas: embriones, fetos, bebés que en sus primeros momentos no son conscientes de lo que supone la vida, disminuidos psíquicos o físicos, personas seniles, comatosas..., cabría preguntarse si una persona mientras duerme, o si está bajo los efectos de una droga o una bebida que le provoque una pérdida de la consciencia, podría ser violado, asesinado y no existir culpabilidad por parte de los ejecutores. Pero como dice Braunstein no cree que merezca si quiera entrar en la provocación, plantear la posibilidad de tomar en serio estas afirmaciones, resulta ya ofensivo para la inteligencia humana. Ante la propuesta a favor del infanticidio, la filósofa Anne Maclean zanja el tema de manera rotunda apelando al más puro sentido común: «no se matan a los bebés sencillamente “porque eso no se hace”» (p. 264).

Tras esta afirmación, que entraña una mayor coherencia que cualquier pretendido argumentario filosófico de «generistas», «animalistas» y «bioéticos», solo cabe una petición a toda nuestra especie para que no pierda el juicio y sea capaz de desenmascarar a aquellos filósofos que con sus dislates argumentativos podrían terminar con todos nosotros. *La filosofía se ha vuelto loca*, saltándose las normas de lo políticamente correcto, nos advierte de los peligros de dejarse llevar por un buenismo sentimentaloides sin más. ■

MIRÓ LÓPEZ, Susana

Profesora doctora de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria (UFV)
Madrid (España)